

LAZARO DE TORMES: PERSONAJE ANÓNIMO (UNA APROXIMACIÓN PSICO-SOCIOLÓGICA)

MANUEL FERRER-CHIVITE

Característica básica del *Lazarillo* no es solamente el anonimato que envuelve a su autor, sino, también, a sus personajes. Ya ha visto A. Castro que "...sólo Lazarillo posee un nombre propio," y, asimismo, S. Gilman "...Namelessness... goes on to become a fundamental characteristic of the *tratados*."¹ Pero para estos personajes, además, también Lázaro resulta anónimo en cuanto que los mismos desconocen su verdadero nombre.

En efecto, Lázaro da a conocer, tras su apodo, el nombre de sus padres; dice ser "hijo de Tomé Gonçalves y Antona Pérez"; en buena lógica onomástica familiar su verdadero nombre no es tanto Lázaro de Tormes cuanto Lázaro Gonçalves Pérez, pero se observa que esta información sólo la da tras sus experiencias vitales, su convivencia dentro del grupo social en que se mueve, no antes; a lo largo del relato no hay constancia de que nadie conozca sus apellidos y así, pues, para ese grupo ese personaje es conocido como Lázaro y nada más—sólo en el último tratado es Lázaro de Tormes y más adelante veremos la justificación de que esto sea así.

El desconocimiento de la verdadera identidad de ese Lázaro se interrumpe cuando éste confiesa a V.M. su original nombre haciendo ver, de este modo, el anonimato en que ha estado viviendo.

¿A qué se debe—podemos imaginar que se pregunta V.M.—que este personaje haya permanecido oculto tras el anonimato? Porque él ha oído hablar de ese pregonero sólo como Lázaro de Tormes, y descubre, al empezar la lectura del "caso" que su verdadero nombre es otro. Intrigado por ese pequeño misterio V.M. continúa su lectura y acaba por hallar una explicación plausible.

Arrancado desde muy joven de su familia, aislado este personaje de toda vinculación con sus progenitores y la comunidad en que ha nacido, la nueva comunidad en que ingresa no presta demasiada atención a sus apellidos, o, más maliciosamente, los desprecia y olvida por tratarse de quien se trata. Por otra parte, su condición ambulante, su desarraigo de toda relación local permanente le hace aparecer frente al grupo social en que se mueve, más y más como mozo de muchos amos, ya sin progeñe conocida; para el grupo bastará su genérico Lázaro.

Se da así una lenta y aplastante presión social que, operando gota a gota, deja su huella en el carácter de este futuro pregonero, moldeándolo e instilando en él su condición de anónimo, reduciéndolo a un puro "genealogical nobody" en una fortunada definición de Gilman.² El marco temporal en que se da esa presión transcurre desde que Lázaro comienza como destrón de ciego hasta que abandona al capellán y su asno; ésos serán los años en que habiendo perdido sus Gonçalves y Pérez no es aun siquiera Lá-

zaro de Tormes; años en que la desaparecida filiación genealógica no ha sido aún reemplazada por la final toponímica; años en fin, en que ese grupo social agudiza su condición de anónimo en él.

No es caprichoso el marco temporal que supongo; está delimitado por los términos de esas dos filiaciones; genealógica y toponímica. La disolución de la primera procede así: las últimas palabras que para siempre jamás oirá Lázaro de boca de su madre: "Hijo, ya sé que no te veré más," además de indicar una indirecta renuncia a la potestad materna, comienzan, muy significativamente, con el más peculiar sustantivo genealógico: "Hijo." Por el contrario, la primera de todas que oirá Lázaro a ese ciego que representa la nueva comunidad a que se incorpora, lejos ya del seno materno, es "Lázaro": "Lázaro, llega el oído a este toro..."; ese Lázaro que ya para siempre sustituirá a "hijo."

Considero evidente la deliberada intención del autor de hacernos ver, mediante esa contraposición paralelística de apelativos iniciales, cómo la situación filial de Lázaro deja paso sin retorno a la situación social. A más abundancia, las palabras del ciego: "...que me recibía, no por mozo sino por hijo," fortalecen la pérdida de esa filiación genealógica. El derecho de filiación se transmite de Antona al ciego, pero perdida la filiación primera, la segunda no aparece detentada en ningún momento; se comprueba que cuantas veces ese ciego se dirige a Lázaro lo hace llamándole "Lázaro," "Lazarillo," "mozo," y jamás "hijo," en irónica oposición a lo que antes ha manifestado y a lo que bien pudiera haber hecho siguiendo la pauta de intimidad apocorística que entre ellos existe atestiguada por las veces que Lázaro le llama "tío," sin serlo.

Lázaro, así, pasa de ser "hijo" a ser, simplemente, "mozo," es decir, individuo determinado no por una clasificación genealógica, familiar, sino por una función social; cambio lógico, por otra parte, pues de un definitivo ingreso en cierta sociedad se trata para él.

Ese paréntesis vital solamente podrá cerrarse cuando ya esté maduro para su incorporación plena a ese grupo social, y, con ella, para la adopción de la filiación toponímica que ese grupo ha decidido para él como sustitución de la ya perdida genealógica. El momento final de la metamorfosis ocurrirá cuando Lázaro, como ya ha visto Gilman, "... after years of victimization, has joined hands with his persecutors, or, it might be more exact to say, he has surrendered himself into their hands."³ La rendición se manifiesta en el pacto con ese grupo que lo ha ido modelando a su antojo, y su asentamiento primero como hombre de justicia, después como pregonero, es el reconocimiento explícito de la aceptación de los valores, prejuicios y categorías de ese grupo. A cambio, el tal grupo refrendará su

aceptación mediante la concesión de un distintivo especial al hasta entonces anónimo personaje: el bautismo con un "de Tormes" más allá del mero y genérico Lázaro. Con ese bautismo toponímico adquirirá la necesaria vinculación a esa comunidad, donde todos, para ser alguien, han de tener una procedencia claramente establecida, siempre, claro está, que esa procedencia la establezca la dicha comunidad. Se observa, en efecto, que sólo tras pasar por los cargos oficiales de hombre de justicia y pregonero, Lázaro deja de ser Lázaro para ser el definitivo Lázaro de Tormes, renunciando, así, a su inicial genealogía de los Gonçalves y Pérez, apellidos que ya únicamente le servirán para recordar a V.M. y sus contemporáneos—con cierto regusto vengativo—el proceso a que se ha visto sometido.

Lázaro de Tormes es, pues, el producto final de una alquimia social, el resultado de una paulatina adaptación mimética impuesta, a través de sus miembros, por el grupo social en que *velis nolis* se ha tenido que insertar.

Nos encontramos, de este modo, con que un Lázaro nacido del Tormes, al Tormes vuelve mediante la etiqueta impuesta por la comunidad; el carácter cíclico de ese período de metamorfosis tiene un correlato paralelo; ese período se presenta, además, circunscrito por dos episodios fundamentales para la vida de Lázaro: dos "alumbramientos." Será el primer alumbramiento el inicial del ciego tras la calabazada y su apostólico, amén de irónico consejo, y que llevan a Lázaro a reflexionar: "Y fue assi, que, despues de Dios, éste me dio la vida, y siendo ciego, me alumbró." La calabazada se inicia, a su vez, con "Lázaro, llega el oído . . ." palabras que, ya lo he señalado, inician la pérdida de filiación genealógica; simultáneamente, sirven, también, para el primer alumbramiento; una ascendencia genética acabará cuando comienza la otra, como debe ser.

De la coparticipación de Dios y el ciego en el primer alumbramiento, sólo el primero quedará como sujeto activo y vehículo para el último que le permitirá ingresar plenamente en el grupo social:

. . .quiso Dios alumbrarme y ponerme en camino y manera provechosa. Y con favor que tuve de amigos y señores, todos mis trabajos y fatigas hasta entonces passados fueron pagados con alcançar lo que procuré, que fue un oficio real . . .

"Camino" y "manera" que le conducirán a su cargo de pregonero, y que le facilitarán tanto la obtención de su toponímico "de Tormes" cuanto la final aceptación por parte de ese grupo. Nótese que si bien afirma "quiso Dios alumbrarme," ese cargo, esa aceptación y ese toponímico los consigue "con favor que tuve de amigos y señores"; si Dios es el vehículo, ese grupo social será el que, en último término, ha de decidir y decide.

Hay que apuntar, ahora, un tercer alumbramiento; cuando al borde de la sepultura por hambre en casa del clérigo, aparece el "angélico calderero," Lázaro se ve "alumbrado por el Espíritu Santo" para hallar la solución que le permite volver a la vida mediante la llave para el arcaz y sus ansiados bodigos.

Ahora bien, "alumbrar" se entiende como enseñar o

adiestrar, pero también—aparte de la connotación religiosa en relación con los "alumbrados"—debe entenderse como dar a luz, traer a la vida, y así lo confirma Lázaro con su "éste me dio la vida . . . me alumbró"; Gilman también lo ve así: "Each 'alumbramiento' is an ironic death and rebirth as Lazarillo progresses from his initial unawareness to his final callousness" (p. 156). Alumbramiento tras alumbramiento, muerte y vida tras muerte y vida, la trayectoria vital de Lázaro parece ser la de un crónico recién nacido. Si Quevedo, en conocido soneto, afirma ser "presentes sucesiones de difunto," este Lázaro se constituye en "presentes sucesiones de nacido." Esta condición de Lázaro refuerza, por un lado, su carácter de anónimo—¿no es fundamentalmente anónimo un recién nacido, sin nombre ni clara identidad aún?—, y, por otro, su sujeción al condicionamiento del grupo social; Antona Pérez le habrá dado a luz fisiológicamente, pero será ese grupo encarnado por el ciego y los otros amos el que le irá alumbrando, ya sea dándole nuevas vidas, ya sea adiestrándole, y, con ello, forjándole la personalidad última en que ha de quedar.

Hay que recordar, ahora, que la función social de este personaje durante todo ese período de metamorfosis es la de mozo, criado de muchos amos. Y esa función social es muy representativa y simbólica tanto de su encuadre en esa comunidad como de la relación que entre ésta y él se da; un criado, en el xvi, ya lo sabemos, no era un mero empleado doméstico; cumplía esas funciones, a buen seguro, pero básicas obligaciones de sus amos eran las de sustento y educación, y no solamente la primera.

De aplicarse esos criterios de sustento y educación de acuerdo con la norma general, Lázaro, en cuanto mozo que es, debiera haber sido el resultado de un proceso de acrecimiento, fruto de una combinación de dos constantes: una psicológica—la educación—y otra fisiológica—el sustento; recibiendo las mismas en igual medida. Lo curioso es que eso no ocurre con este personaje para quien se da un alarmante desequilibrio entre ambas tanto en lo temporal como en lo cuantitativo.

Es deliberadamente significativo que nada más entrar en contacto con esa comunidad mediante su primer amo, el ciego, Lázaro sufra, como rito de iniciación a pagar por el ingreso, una experiencia dolorosa y crucial: la calabazada, de mucho mayor alcance en el plano psicológico que en el fisiológico. Lázaro, con su primera experiencia, no se presenta como teniendo hambre, sino como apaleado; no como hambriento, sino como educando. Así comienza su formación, y antes de tener noticia del hambre que va a padecer—su desnutrición fisiológica—nosotros, los espectadores de ese proceso, descubrimos que a ésta se antepone una profunda nutrición psicológica. De lo agudo de esta nutrición tenemos el testimonio físico—"más de tres días me turó el dolor . . ."; y ese dolor se remacha con la insolente admonición educativa y burla del ciego: "Necio, aprende; que el moço del ciego un punto ha de saber más que el diablo. Y rió mucho la burla." Y obsérvese, aquí, el evidente énfasis de ese "aprende" y ese "saber"; esa calabazada es claro antecedente de la posterior norma pedagógica "La letra, con

sangre entra.”

Todo producirá una herida psíquica en Lázaro que le marcará indeleblemente; “. . . en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño dormido, estaba.” Desde ese momento este niño despertará del limbo de su vida anterior, y desprendido de la última reminiscencia materna, se encontrará desoladora e irreversiblemente solo; será ya campo abonado para la siembra educacional del grupo social, sujeto ya dispuesto al bombardeo psicológico, como bien se desprende de la inmediata declaración del ciego que refuerza esa nutrición psicológica: “Yo oro ni plata no te lo puedo dar; mas avisos para vivir muchos te mostraré.” Insuperable resumen éste del desequilibrio nutricional que ese grupo va a imponer a su educando; que no espere éste “oro ni plata,” que no suponga una lluvia de bienes materiales o, una opípara nutrición fisiológica; que esté preparado, no obstante, para recibir “muchos . . . avisos para vivir,” de ellos, de esa nutrición psicológica, tendrá abundante copia. Y así sucede; en vivo contraste que realza ese desequilibrio, frente al derroche de alimentos psicológicos proporcionados desde el primer momento, surge la sobrecogedora penuria fisiológica inmediata, la obsesiva hambre física de los tres primeros tratados. Añádase que si el dolor físico de la “cornada” agudiza el psíquico, también esa desnutrición fisiológica opera en la psique aumentando la ya copiosa nutrición psicológica, ya que a más penuria fisiológica más “cumple avivar el ojo y avisar” como bien descubre Lázaro; la lucha contra el arcaz, la puesta en uso de artimañas aprendidas del ciego para conseguir alimentos cuando con el escudero, son conocidos ejemplos de este proceso.

Se impone una conclusión general: a este grupo social le interesa, primordialmente, implantar la supremacía de lo psicológico frente a lo fisiológico; usando de las armas de que dispone frente a sus miembros—el sustento y la educación—en una primera etapa, el sustento ha de supeditarse plenamente a la educación. Es evidente, por tanto, que a este grupo, por principio, no le interesan tanto los individuos bien alimentados como los bien inductados.

No es necesario ser un genio del pragmatismo político para saber que individuo bien alimentado y satisfecho es más reactivo a ser condicionado que su reverso, el hambriento y menesteroso, y que si un grupo elitista quiere obtener miembros dóciles y manejables buen recurso es una buena dosis de hambre inicial acompañada simultáneamente de una excelente nutrición psicológica de sus particulares resortes. Hambre fisiológica en el xv; psicológica en el xx—coches, televisiones, casas, sexc, etc., prestigio social, en definitiva, de nuestra sociedad de consumo—son lo mismo; cambian los objetos, no los resortes de acción. Iconoclasta como pueda parecer esta interpretación, creo que se puede mantener válidamente como una de las posibles que se desprenden de ese polifacético *Lazarillo de Tormes*.

Consecuentemente, cuando el recurso del hambre ha producido sus efectos de obligar al individuo a deglutir la suficiente dosis de inductación si quiere sobrevivir, el mismo cesa de ser importante y se desplaza a segundo plano para dejar solamente lugar al arma de la educación, por seguir con esos expresivos términos, que persiste.

Así se confirma, al menos, en el caso de Lázaro de cuya restante vida que conocemos, las fatigas y las lacerias del hambre desaparecen, pero no así el inductamiento psicológico.

Desacreditada está ya la vieja tesis de un *Lazarillo* recorrido por el espectro del hambre, pero para todo lector persisten aún y persistirán las actividades del fraile de la Merced, los engaños y ardidés del buldero, y, sobre todo, los últimos hipócritas consejos del arcipreste a Lázaro; en los primeros continúan y en los últimos se perpetúan los resortes y presupuestos de ese condicionamiento social al que se ha visto sometido Lázaro en su trayectoria vital. El resultado final es que la asimilación a esa comunidad lleva consigo una aniquilación de la personalidad individual y distintiva.

El origen de las desgracias últimas que conocemos de Antona Pérez—su aniquilación en cuanto proscrita por la sociedad mediante su “pena por justicia” y su “acostumbrado centenario”—radican, en último término, en su decisión de “arrimarse a los buenos por ser uno de ellos” y su venirse “a vivir a la ciudad”; lo mismo le ocurre a su hijo. Como su madre, éste también determina de arrimarse a los buenos, de enquistarse en la ciudad—núcleo de habitat característico de ese tipo de comunidad—pero todo eso cuesta un precio: el de la personalidad individual; de una mayor aceptación de un condicionamiento y una inductación prefijadas y genéricas tiene que resultar, ineludiblemente, una mayor masificación. Lázaro incorporado a ese grupo es solo y ya uno más entre tantos, gota indiscernible en un océano ciudadano, hombre-masa gregario, anónimo, en fin.

No es puro azar que Lázaro, igual que su madre, acabe como personaje urbano; que toda la posterior escuela de pícaros lo sean, asimismo, parece confirmar que no es mera coincidencia. El autor, en mi opinión, debió tener muy en cuenta este punto crucial para su personaje, como, igualmente, una clara correlación entre esa gregarización de Lázaro y el fin de su autobiografía; acabado el hombre y su identidad íntima, ha de acabarse mi obra, parece decirnos. Debe ser por eso que, abrumado por su despersonalización acongojadoramente pervadido por su conciencia de entidad anónima, Lázaro, ya lejanas e irre recuperables las experiencias vitales que dejó atrás, comienza su confesión: “Pues sepa vuestra merced, ante todas cosas, que a mí llaman Lázaro de Tormes”; póngase atención en ese “a mí llaman”; en esa omisión del sintácticamente obligado pronombre indirecto personal “me,” se encierra mucho del patético proceso de Lázaro.⁴

Para empezar ya hay algo avieso e insidioso en el hecho de no emplear la habitual fórmula de presentación “yo me llamo,” esa explícita expresión de identidad personal que cotidianamente usamos. ¿Será que este personaje tiene ya una clara conciencia de que su personalidad es ya una evanescente entidad anónima? La sospecha se corrobora si volvemos a ese “a mí llaman”; con esa fórmula emerge ante nosotros un individuo en actitud plenamente pasiva, cosificado, en condición de objeto. Al omitir ese “me” está negando su sustrato psico-físico, y aparece, ominosamente, alguien que no es más que la sustancia—si alguna—que se

encierra en el nombre que los otros, los demás, ese grupo social, le dan; esos otros, esos demás son los que le nombran y haciéndolo le conceden el mínimo de personalidad que él, de por sí, ya no tiene, y esos otros serán los que le moldean como existente entre ellos; los que, en definitiva, le crean, le alumbran, le dan vida.

Ese grupo social ha obtenido el éxito más completo, y, consiguientemente, y para siempre jamás, su víctima persistirá como entidad anónima. Así se explica el por qué de que todos los otros personajes que Lázaro ha ido encontran-

do a lo largo de su vida, desde el ciego hasta el arcipreste, sean anónimos, no puedan tener nombres particularmente identificativos. Tiene que ser así, inevitablemente, porque para cuando ese Lázaro los ha ido topando, uno a uno, todos y cada uno de ellos han sufrido ya ese lento y corrosivo proceso de despersonalización impuesto por el grupo social. Al final, fatídicamente, le toca el turno a Lázaro. Cumplido el mismo proceso en él, a ellos se incorpora y con ellos desaparecerá, ostentando, como muchos, la máscara de un nombre que ni siquiera es el suyo.

University College, Dublin

¹ Por razones editoriales me he visto obligado a reducir el material que expuse en Toronto, apareciendo aquí una síntesis de mi trabajo. Lo mismo ha de decirse de las notas al pie, puestas al mínimo. Para las citas, cf. A. Castro, *Hacia Cervantes* (Madrid: Taurus, 1967), p. 146, y S. Gilman, "The Death of Lazarillo de Tormes," *PMLA*, 81 (1966), p. 151.

² Gilman, p. 152. El autor usa la expresión aplicada a Zaide y los padres de Lázaro, pero es válido aprovecharla para el último teniendo en cuenta lo que dice líneas más abajo. También J. Blanco Amor. *Encuentros*

y *desencuentros* (Buenos Aires: Losada, 1969), asegura en p. 49: "Lázaro no es nadie."

³ Gilman, p. 154.

⁴ La interpretación que a esa omisión doy en las líneas siguientes es susceptible de discusión y más amplios comentarios; lo sé, pero por razones apuntadas arriba no puedo detenerme en los mismos; en algún posterior trabajo espero incluirlos.